

ZUBIRI, EL FILOSOFO MAS IMPORTANTE DE ESPAÑA



Ignacio Ellacuría

El día 21 de septiembre moría en Madrid, a los 84 años de edad, el filósofo español más importante que ha tenido España en muchos años y quién sabe si en toda su historia cultural. Algunos dicen que es el mayor "metafísico" español después de Suárez, siendo "después" puramente temporal, porque la metafísica zubiriana no es la rama de una escuela dentro de la filosofía escolástica sino que es el arranque de una nueva metafísica. Otros filósofos como Ortega y Gasset, que fué maestro de Zubiri en el filosofar pero no en los contenidos de su filosofía, pueden aventajarle en el tratamiento, o al menos en el apuntamiento de temas concretos referentes a lo biográfico de la vida o a lo histórico de la sociedad, pero ninguno de ayer o de hoy le aventaja en el tratamiento metafísico de lo que han sido temas fundamentales y básicos desde los presocráticos hasta Husserl o Heidegger pasando claro está por Platón, Aristóteles, Santo Tomás, Descartes, Kant, Hegel, Comte o Bergson, para citar sólo algunos de los filósofos más presentes en los trabajos de Zubiri.

Nació Xavier Zubiri el 4 de diciembre de 1898 en San Sebastián. Era pues vasco, condición que sin duda se hace presente en su filosofar hecho de realismo y sobriedad. Hizo estudios eclesiásticos, a través de los cuales conoció la entonces renovada escolástica de Lovaina donde ya hizo una pequeña tesis sobre Husserl. Pero la escolástica no le satisfizo, a pesar de que le puso en contacto con uno de sus filósofos preferidos, Aristóteles. Enseguida, sobre todo por influjo de Ortega y Gasset, entra de

lleno en los filósofos más nuevos entonces, lo cual hace que vea la necesidad de conocer personalmente y seguir cursos y seminarios con Husserl y Heidegger en Freiburg donde es compañero, entre otros, de Marcuse y Gadamer. Pero también muy pronto comprende Zubiri que sin una sólida formación científica la filosofía corre el peligro de perder suelo en el cual apoyarse y de perder control sobre sus propias realizaciones. Así, después de serios estudios de matemáticas y física en Madrid y de trabajar personalmente con Lemaitre en Lovaina, sigue cursos con Einstein y Heisenberg, y se empapa en las últimas publicaciones de la "nueva" física. También se interesa por estudios biológicos. Pero no descuida otras áreas y así trabaja lenguas y lingüística con Daimel en Roma y con Benveniste y Dhorme en París.

Es con esta completísima formación con la que regresa a España tras la victoria de Franco en 1939, pero por su trayectoria republicana se le prohíbe enseñar en la Universidad de Madrid y se le obliga a hacerlo en la de Barcelona. Renuncia finalmente a su cátedra universitaria por considerar que la dictadura política del regimen franquista y la dictadura intelectual de la jerarquía eclesiástica española no eran conciliables con la libertad que necesitan el filósofo y el ciudadano para vivir y pensar de verdad. Ello hizo que su labor intelectual apenas se proyectase hacia un entorno hostil que lejos de potenciar la vida intelectual, la obstruía desde planteamientos dogmáticos y totalitarios. Zubiri se recogió entonces en soledad y se lanzó a buscar la realidad misma de las cosas, lo que las cosas son de suyo.



Se le ha reprochado al pensador español el que no se preocupase de la actualidad de los problemas concretos que afectaban a la comunidad española o a la existencia individual de sus contemporáneos. Se lamentan algunos de que los problemas más acuciantes sean tratados por los que realmente no son filósofos mientras que los filósofos auténticos y de peso como Zubiri, no traten los problemas acuciantes. El tema es grave. Por lo que toca a Zubiri hay que decir a este propósito, fuera de los condicionamientos sociales y políticos adversos a los que nunca se plegó ni aun en los momentos más apremiantes de la dictadura franquista, que su talento y su temperamento le llevaron por otros caminos. Más que lo urgente le interesaba lo importante, más que descifrar la coyuntura buscaba desentrañar la estructura, más que transformar la realidad buscar su verdad. Si de algún modo hubiere que sintetizar su tarea filosófica habría de decirse que dedicó su vida a buscar la realidad de las cosas, a saber cómo son las cosas en realidad, a profundizar infatigablemente y sin descanso en la realidad en cuanto tal. Otros podrían sacar conclusiones y aplicaciones a lo que es la realidad cotidiana, conclusiones y aplicaciones que si han de ser significativas y bien orientadas habrán de fundarse en lo que es la realidad. La realidad, en efecto, es el concepto fundamental del pensamiento zubiriano; una realidad que sólo se da en las cosas reales, pero que no se agota en ellas. Puede que las cosas reales nos lancen más allá de sí mismas, pero ese lanzamiento unas veces transcendental otras incluso transcendente, será siempre desde las cosas y desde las cosas aprehendidas en esa unidad estructural que forman la sensibilidad y la inteligencia y que Zubiri llama inteligencia sentiente o sensibilidad intelectual.



El realismo de Zubiri adquiere, así, caracteres complejos. En cuanto es un realismo que responde a una inteligencia sentiente parece y es en ocasiones un estricto materialismo que escapa a todas las formas de idealismo aun en las versiones aparentemente menos idealistas de Husserl o de Heidegger. Pero, a su vez, en cuanto ese realismo responde a una inteligencia sentiente se convierte en un realismo transcendental, que por no ser puramente sensorial puede parecer idealista o, al menos, intelectuualista, sobre todo para aquéllos que confunden el rigor del concepto con la huida de la realidad.

En sus dos obras fundamentales Sobre la esencia (1962) y en la trilogía dedicada a la inteligencia, Inteligencia Sentiente (1980), Inteligencia y logos (1982). Inteligencia y razón (1983), Zubiri ha trabajado a fondo el concepto de realidad y el concepto de inteligencia no sólo en su determinación última -realidad como lo que es "de suyo" e inteligencia como actualización de realidad- sino en toda su riqueza compleja. Así estudiará la realidad como estructura lo cual le obligará a la construcción de categorías conceptuales nuevas y el dinamismo como dar de sí intrínseco a la realidad lo cual también le obligará a un nuevo replanteamiento de las categorías dinámicas. Ahora bien, cuando una filosofía re define conjuntamente una nueva concepción de la realidad y de la inteligencia, estamos realmente ante una nueva filosofía. Tal es el caso de la filosofía zubiriana, que además y en plena coherencia ha desarrollado también puntos esenciales como la materia y su evolución, el hombre en su dimensión personal, social e histórica. A la hora de morir estaba en la redacción final de un libro cuyo título es El hombre y Dios. No todo



esto ha sido publicado, pero esperamos que lo sea pronto, aunque con la pena y limitación de que no haya sido el propio autor quien lo reelaborara, como él sabía hacerlo, a la hora de dar el toque definitivo.

¿Qué tipo de filosofía es la de Zubiri? Difícil de encuadrarla. Una lectura superficial de ella podría considerarla como un nuevo aristotelismo profundamente renovado tras el vigente avance de la ciencia moderna. Si esto significara decir que lo que ha hecho Zubiri es lo que hubiera hecho hoy Aristóteles, la comparación no sería desorientadora, a reserva de que nos pudieramos imaginar lo que hoy hubiera sido el trabajo de Aristóteles frente a una tan diferente aceptación de la realidad de lo que fue la suya. Pero en Zubiri puede descubrirse también a aquel otro genial reactualizado de Aristóteles que fue Hegel y puede también detectarse la contrafaz de lo que fue Kant. Todo esto no ya desde una filosofía recibida sino desde una filosofía que la fue haciendo durante cincuenta años con la pretensión de que respondiese a la altura de los tiempos, a lo que hoy puede y debe ser una metafísica. La metafísica parecía estar muerta, acabada. La obra de Zubiri demuestra lo contrario. Y cuando otra vez los hombres y los pueblos sientan la necesidad de revivirla y de hacerla avanzar, el estudio a fondo y sin prejuicios de la obra zubiriana podrá ser de gran ayuda. Ya lo es para quienes quieren pensar a fondo la realidad de nuestro tiempo, aunque él no se haya detenido a hacerlo, absorbido por desentrañar lo que es la realidad vista a la luz y a la altura de los saberes más actuales, al menos los que en los años cincuenta y sesenta eran considerados como inequívocamente científicos.



Es cierto que su filosofía no se vió afectada por los trabajos de Marx, Nietzsche o Freud y poco por las pretensiones de la filosofía analítica. Equivocado o no, le pareció a Zubiri que el aporte de estos pensadores no era esencial para la metafísica. Lo cual no significa que no sea posible un diálogo prolífero de la filosofía zubiriana con esos y otros modos de pensar, si es que se sitúa a la realidad como lugar de encuentro antes que la vivencia procesada y refleja de esa realidad. Por otro lado, a pesar de que Zubiri se movió en un horizonte cristiano y era hombre de profunda fe personal, su pensamiento filosófico se mantuvo autónomo aunque no cerrado sobre sí mismo. Fue creciendo en libertad intelectual y su agudo conocimiento del dogma católico le permitió avanzar decididamente hasta tesis muy radicales que otros con menor fe pero también con menor conocimiento no se hubieran atrevido a sostener. Tesis como la posible eternidad de la materia y de sus potencialidades evolutivas, de la creación como plasmación ad extra de la vida divina, de la unidad de la esencia humana y de la dependencia total mutua del psiquismo y del somatismo son prueba de ello. No quería entrar en conflicto con el dogma, pero quería que la autonomía de la inteligencia fuera del todo plena porque en la libertad creadora veía la mayor semejanza y participación del hombre con Dios.



Noviembre 11, de 1983.

c/rmg.